

## SENSACIONES Y PENSAMIENTOS

### I.—EL MUNDO

Este mundo civilizado por doloroso esfuerzo, esta creación, donde llora y luce el alba, donde nada se produce sinó después de haber sido destruido, donde los ayuntamientos resultan de los divorcios, donde Dios parece engullido bajo el caos de las fuerzas, donde brota el botón del nudo que le ahogaba, lo constituye el mal que trabaja, y el bien que se está fabricando.

Bajo el edificio social, hay la complicada maravilla de todos los edificios grandes, excavaciones de todas clases. Hay la mina religiosa, la mina filosófica, la mina política, la mina económica y la mina revolucionaria. Unos cavan con las ideas, otros con las cifras, otros con la cólera. Se llaman y responden desde una catacumba a otra. Las utopías caminan por bajo tierra en las galerías y se ramifican en todos sentidos.

Hasta que sea destruida la ignorancia, existirá bajo la sociedad la gran caverna del mal.

Esta cueva es la última de todas. El odio sin excepciones. Esta cueva no conoce filósofo alguno, su cuchillo jamás ha cortado una pluma. Su negro no tiene relación alguna con el negro sublime de la tinta. Nunca los dedos de la noche que se crispan bajo aquel cielo asfixiante, han hojeado ningún libro, ni desplegado un periódico.

Esta cueva tiene por fin el hundimiento general. Se llama simplemente robo, prostitución, homicidio y asesinato. Es tinieblas y quiere el caos. Su bóveda, extrema en la ignorancia.

Destruid la cueva ignorancia y habréis destruido el topo crimen.

No existe diferencia alguna, al menos aquí bajo, en la predestinación. La misma sombra antes, la misma carne ahora, el mismo polvo después. Pero la ignorancia, mezclada con la parte humana, la ennegrece.

Esta miserable negrura penetra en el interior del hombre y se convierte allí en el mal.

Las gentes malas tienen la dicha negra.

El mal, permitido, forma parte de la bondad.

Las ciudades como los bosques, tienen sus antros donde se recoge todo lo que ellas encierran de más malo y terrible. Solamente que, en las ciudades, lo que se oculta de tal manera es feroz, inmundo y pequeño, es decir feo; y en las selvas lo que se oculta es feroz, salvaje y grande, es decir bello, que madrigueras por madrigueras, son preferibles las de las fieras a las de los hombres. Las cavernas valen más que los desvanes.

Los sufrimientos sociales empiezan a todas las edades.

De la fisonomía de los años se componen la figura de los siglos.

Si la Naturaleza se llama Providencia, la Sociedad debe llamarse Provisión.

Las dos necesidades del mundo son: En el cielo, este Dios; la Verdad. En la tierra, este sacerdote; lo Justo.

Lo que hay de más grande en la historia de una sociedad depende, con harta frecuencia de la más insignificante pequeñez de la vida de un hombre.

La Sociedad mantiene irremisiblemente separados de ella a dos clases de hombres, los que la atacan (1) y los que la guardan. (2)

Cuando ganamos dinero nos dicen comerciantes, si re-

(1) Ladrones y asesinos.

(2) Policía.

partimos nuestras riquezas nos dicen ambiciosos, si renunciamos honores, aventureros, si esquivamos el mundo, se nos llama brutos.

## II.—EL NIÑO

El corazón de los niños es como la aurora, su inocencia es alegre y cándida y lo mismo les inquietan nuestras obras, que al pájaro que trina sobre la carrasca o al astro que se abre paso a través del negro horizonte, sus asuntos y aventuras se reducen al descogimiento de la Naturaleza. Sólo piden a Dios su sol, se muestran contentos con tal de que su bello y dorado rayo, caliente los delitos de su diáfana mano y que el cielo se presente azul.

A cada paso que da la criatura, deja, tras sí, pequeños fantasmas de ella misma.

Cuando el niño estrecha a sus padres entre sus bracitos, abraza el universo.

## III.—EL HOMBRE

No hay malas yerbas ni hombres malos, no hay sino malos cultivadores.

El único peligro social es la sombra.—Humanidad es identidad; todos los hombres son del mismo barro.

Las dos faces del hombre, son el sufrimiento y el trabajo.

El hombre primero alcanza la ciencia, después la libertad.

Todo hombre es súbdito de los apetitos carnales; condenado está el cuerpo y no hay curación posible para la sangre. Ningún sabio ha logrado curarse de las leyes de la naturaleza y de la humanidad.

El hombre encierra en su espíritu informes pedruscos, falsos y corroidos dogmas de egoísmo; más que ante él pase un asunto, un ejemplo, y todas aquellas piedras levantarán un templo en su alma.

El crugido de las espadas en las batallas es menos ras-

trero que el ruido que hace la vaina en el suelo. Además gallardearse como un matasiete y apretarse el talle como una muchacha, gastar corsé debajo de la coraza, es ser doblemente fíditulo. El que es hombre verdaderamente, está a igual distancia de la fanfarronada que de la puerilidad.

El fin humano se eclipsa en un infame olvido.

El hombre crea y sueña y sonriente lega su alma a otras almas; y dice ¡es eterna! y prosigue su carrera; va bajando, vive, sufre, y de repente se encuentra que en el hueco de su mano, sólo abarca un montón de cenizas.

Los hombres todavía emplean la pena del talión, encuentran al zorro más grande que el león, su verdad mira de través y cojea sin razón, se fusila y se ametralla sin ton ni son, y en medio de la sangre, del horror y de la gritería, es tenido por crimen, ofrecer un asilo a los proscritos.

La historia de los hombres se refleja en la historia de las cloacas.

El crimen, la inteligencia, la protesta social, la libertad de conciencia, el pensamiento, el robo, todo lo que las leyes humanas persiguen o han perseguido, se ha escondido en ese subterráneo; los apaleadores del siglo xiv, los capeadores del xv, los hugonotes del xvii, los iluminados de Morfn en el xvii, los fulleros del xviii.

Hace cien años salía de allí, la puñalada nocturna, y allí se deslizaba el ratero para salvarse del peligro.

Fantasmas de todas clases frecuentan esos largos corredores solitarios, en todas la podredumbre y el miasma; acá y allá un respiradero, donde Vellón, de adentro, habla con Rabelais, de afuera.

La cloaca es la conciencia de la población. Todo converge en ella y se confronta.

Existen en ese lugar lívido, tinieblas, pero no secretos. Cada cosa tiene allí su verdadera forma, o al menos su forma definitiva.

El montón de inmundicias puede alegar en su favor, que no es mentiroso. La ingenuidad se ha refugiado allí.

En él se encuentra la máscara de Basilio; pero ense-

ñando el cartón y los alambres, lo de dentro como lo de fuera, realzado todo por el cieno de la honra. La nariz postiza de Scapín se encuentra allí cercana.

Todas las trampas de la civilización, cuando ya no sirven, caen en ese fondo de verdad, a donde va a parar el inmenso desagüe social. Se sumergen en él, pero se ponen de manifiesto al mismo tiempo. Esa mezcla es una confesión. Allí no hay ya falsas apariencias; no hay afeite ni disfraces posibles; la basura arroja su camisa; desnudez absoluta, disipación de ilusiones; nada parece más que lo que es, con la siniestra manifestación de lo que acaba.

Realidad y desaparición.

Allí un pedazo de botella, confiesa los excesos de la embriaguez; el asa de una cesta, confiesa la domesticidad; el corazón de manzana que ha tenido opiniones literarias, vuelve a ser corazón de manzana; la efigie del ochavo, se cubre francamente de verdín; el salivazo de Caifás, se encuentra con el vómito de Jalstaf; el reluciente luis de oro que sale del garito, choca con el clavo mohoso, del que cuelga el cabo de cuerda del suicidio; un feto lívido, rueda por allí envuelto por las lentejuelas que bailaron en la Opera, el último martes de carnaval: una toga que ha juzgado a los hombres, se revuelca junto a un harapo que fué basquiña de una cortesana.

Aquello pasa de fraternidad, es un tuteamiento inmenso. Todo lo que antes se acicalaba, anda embrutecido. Se ha arrancado el último velo. La cloaca viene a ser un cínico. Todo lo dice.

Esta sinceridad de la inmundicia, nos agrada porque alivia el alma.

Cuando se ha vivido teniendo que soportar en la tierra el espectáculo de esa grande importancia que se atribuyen la razón de Estado, el juramento, la ciencia política, la justicia humana, la probidad profesional, las austeridades de situación, las togas incorruptibles, no deja de ser un consuelo, el entrar en una cloaca y verlo entre el fango que le corresponde.

Es al mismo tiempo, una enseñanza.

Las matanzas como la de San Bartolomé, van filtrando gota a gota entre los adoquines. Los grandes asesinatos públicos, las matanzas políticas y religiosas, atraviesan ese subterráneo de la civilización, y arrojan sus cadáveres en él. Para el pensador, todos los asesinos históricos están allí, en la horrible penumbra, de rodillas, con un pedazo de sudario por delantal, lavando lúgubrementemente con la esponja, las manchas de sus crímenes.

Luis XI está allí en compañía de Tristán, Francisco I con Duprat, Carlos IX con su madre, Richelieu con Luis XIII; allí está Louvois, allí está Letellier, allí Hebert y Maillard, escarbando las piedras, por si consiguen que desaparezca la huella de sus hechos.

Bajo las bóvedas se oye la escoba de esos espectros. Se respira en ellas la enorme fetidez de las catástrofes sociales. Se ven en sus ángulos reflejos rojizos. Corre allí el agua terrible, donde se han lavado las sangrientas manos.

El observador social debe penetrar en estos sombríos parajes, puesto que forman parte de su laboratorio. La filosofía es el microscopio del pensamiento.

Todo quiere huir de ella, pero no se le escapa nada. Inútil es tergiversar. ¿Qué lado de sí mismo es el que se manifiesta cuando se tergiversa? El de la vergüenza. La filosofía persigue con su proba mirada al mal, y no le permite que se desvanezca en la nada. En el eclipse de las cosas que desaparecen, en el apocamiento de las cosas que se extinguen, lo reconoce todo.

Adivina la púrpura por el andrajo, y la mujer por el harapo. Con la cloaca reedifica la ciudad y con el cieno rehace las costumbres.

Por los tuestos deduce el ánfora o el cántaro.

Conoce por la marca de la uña en el pergamino, la diferencia entre la judería de la Indengasse y la judería de la Chetto. En lo que resta, encuentra lo que ha sido, el bien, el mal, lo falso, lo verdadero, la mancha de sangre del palacio, el borrón de tinta de la caverna, la gota de sebo del lupanar, las pruebas sufridas, las tentaciones conseguidas, las orgías vomitadas, el pliegue de

los caracteres al doblegarse, la huella de la prostitución, en las almas que la grosería ha hecho posibles, y en la túnica de los faquines de Ruma, la marca de los codazos de Mesalina.

#### IV.—EL TRABAJO

El parásito es la escoria, el gusano del cuerpo social. El que no quiere ser obrero, se hace esclavo.

El que rechaza el honrado cansancio de los hombres, sufre el sudor de los condenados.

El trabajo más rudo es el robar.

La pereza es la parálisis del alma. La pereza es madre, tiene un hijo, el robo, y una hija, el hambre.

#### V.—LA CONCIENCIA

La conciencia es la cantidad de ciencia innata que se encierra en nosotros.

La conciencia es el caos de todas las quimeras, de todas las emociones, y de todas las tentaciones, el horno de todos los delirios, el antro de todas las ideas, el pan demoníaco del sofisma, el campo de batalla de todas las pasiones.

Cierta humareda del mal, que la conciencia no puede respirar, precede a la falta; cuando tientan a la honradez siente esta una náusea infernal; lo que se entrecabró dejar escapar una exhalación que advierte a los fuertes y aturde a los débiles.

Las acciones reprochables tienen sus sitios reservados; como los aguardientes demasiado fuertes, no se les puede beber de un solo trago; se llena el vaso, para beber más tarde, y la primera gota ya tiene un sabor extraño.

El espíritu observador, siempre oyó con ansiedad, el sonido de los golpes sombríos que el ariete del destino descargó sobre la conciencia. Cuando el deber se ve claramente, dudar sobre la línea de conducta que debe seguirse, es ya caer.

El espíritu puede sufrir invasiones; el alma tiene sus vándalos, que son los malos pensamientos que vienen a devastar nuestra virtud.

El pensamiento es un líquido; entra en convulsiones, se alborota y sale de él, algo semejante al sordo rugido de la ola. Flujo y reflujo, sacudidas, vueltas y vacilaciones de la onda ante el escollo, granizo y lluvia, nubes que traspasan claridades, arranques de espuma inútil, locas ascensiones que terminan en rápidas caídas, inmensos esfuerzos perdidos, aparición del naufragio en todas partes, sombra y dispersión; todo esto que sucede en el abismo, sucede también en el hombre.

Cuando el deber aparece, la conciencia nos grita, como cuando aparece el día el gallo canta. El alba es una voz. ¿De qué serviría el sol sino aprovecharse para despertar la conciencia, esa sombra dormida? La luz y la virtud son de la misma especie. El corazón humano es un caos que oye el *Fiat lux*.

La irrupción violenta de los buenos pensamientos, es la vuelta a su casa de alguno que no tiene que fescalarlo.

La fluctuación humana es infinita, y como el navío, el hombre puede verse desamparado; su áncora es la conciencia y la conciencia puede romperse.

#### VI.—EL CORAZÓN HUMANO

De todas las cosas que Dios creó, el corazón humano es la que despide más luz, pero también más sombra.

En el corazón humano, el mismo sentimiento dice sí y no.

El corazón humano no puede contener más que cierta cantidad de desesperación; una vez bien empapada la esponja, el mar puede pasarle por encima sin añadirle una gota más.

La desesperación extrema es una especie de muerte que hace desear la verdadera.

El alma no se entrega a la desesperación, sin haber agotado antes todas las ilusiones.

Para aquel que siempre ha sido dichoso, la desesperación empieza por medio del estupor.

La certidumbre de la desesperación, no penetra en el hombre sin separar y romper ciertos elementos profundos, que son alguna vez el hombre mismo.

La adivinación del hombre desesperado, es una especie de arco misterioso que siempre da en el blanco.

La tranquilidad del hombre es espantosa cuando llega a la frialdad de la estatua.

Los grandes dolores llevan el decaimiento en sí mismos. Descorazonan el sér. El hombre en quien penetran siéntese desaparecer algo de su interior. En la juventud su visita es lúgubre; más tarde es siniestra.

El sufrimiento es lo que se ve claramente.

El sufrimiento y el odio son hermanos.

El dolor es el oro con que aquí bajo se paga la dicha, comprada a costa de rudos combates.

El exceso del dolor como el de la alegría, es una cosa violenta que dura poco; el corazón del hombre no puede palpar mucho tiempo en un extremo.

Nuestras alegrías no son más que sombras.

Ningún sentimiento humano puede manifestarse tan horrible como la alegría.

Mostrarse ingrato es demostrarse pequeño.

Lo que se ama, nace de lo que se deplora.

La indulgencia y la humildad salvan, la severidad pierde.

Todas las pasiones que no proceden del corazón, se disipan meditando.

El ojo del hombre es una ventana en la que se ven ir y venir los pensamientos al cerebro.

La desesperación tiene los puños sólidos; la mano de un niño aprieta como la de un gigante, cuando está en esta situación; la agonía hace de los dedos de una mujer, un instrumento de hierro. Una doncella que tenga miedo clava en el hierro sus rosadas uñas.

La desesperación es un reloj que marca los segundos y que suma el total, adicionándolo todo. Reprocha a

Dios los rayos y los alfilerazos; quiere saber lo que le reserva el destino y razona, pesa y calcula.

#### VII.—LA EMBRIAGUEZ

El vino para los borrachos serios tiene muy poco aprecio.

En materia de embriaguez hay la magia blanca y hay la magia negra; el vino no es más que la magia blanca. La Punchera es el abismo.

De estos tres vapores, cerveza, aguardiente, y ajeno, se hace el plomo del alma. Son tres tinieblas en que se ahoga la mariposa celeste; y en un humo membranoso vagamente condensado en alas de murciélago, se forman tres furias unidas, la pesadilla, la noche y la muerte, revoloteando sobre Psiquis adormecida.

#### VIII.—LA EDUCACION

Aprender a leer es encender el fuego, cada sílaba deletreada es una chispa.

La educación social bien dirigida, puede sacar siempre de cualquier alma, toda la utilidad que ella encierra.

#### IX.—LA ARQUITECTURA Y LA IMPRENTA

La invención de la imprenta es el acontecimiento más grande de la historia, es la revolución madre, es el modo de expresarse de la humanidad que se renueva por completo. es el pensamiento humano que se despoja de una forma y toma otra distinta, es el cambio completo y definitivo de aquella serpiente diabólica, que desde Adán representa la injeligencia.

La imprenta es el hormigero de las inteligencias, es la colmena donde todas las imaginaciones, doradas abejas, llegan con su miel. El edificio tiene mil pisos. Todo el género humano coopera a ella, cada talento es un albañil, el más humilde tapa un agujero o pone una piedra.